

IRIS



ADMINISTRACIÓN
50, PLAZA DE TETUÁN, 50
BARCELONA



DIRECCIÓN Y REDACCIÓN
50, PLAZA DE TETUÁN, 50
BARCELONA

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

LOS MISTERIOS DEL SERRALLO

POR

ALVARO CARRILLO

Preiosa novela en que el autor revela su conocimiento del mundo oriental. 60 cuadernos, que forman 2 tomos, y encuadrada, 17 ptas.

LA MUJER AMOR

POR

D. RAFAEL DEL CASTILLO

60 cuadernos, que forman 2 tomos, 60 pesetas. En encuadrada, con tapas especiales, 70 pesetas

LOS DRAMAS DE LA INDIA

OBRA DE MERY

TRADUCIDA POR BLASCO

35 cuadernos, que forman 2 tomos, 17'50 pesetas.
Encuadrada, 20'50 pesetas.

LA MÁSCARA DE BRONCE

POR

CARLOS MENDOZA

Obra ilustrada con preciosas cromolitografías.—Publicada en forma 4.º mayor.—40 cuadernos, 2 tomos, 20 ptas.

EL CULTO DE LA HERMOSURA

POR

JUAN J. HUGUET

60 cuadernos, que forman 2 tomos, 60 ptas. Encuadrada, con tapas especiales, 70 ptas.

CELOS DE UN ANGEL

POR

ÁLVARO CARRILLO

62 cuadernos, que forman 2 tomos, 15'50 pesetas.
Encuadrada, 18'50 pesetas.

EL IMPERIO DEL SOL NACIENTE

OBRA ESCRITA

POR

D. JUAN LUCENA DE LOS RIOS

ILUSTRADA CON GRABADOS

Un tomo en tela, 7'50 ptas.





ORACIÓN FUNEBRE

Haz bien y no mires á quien.

La mujer.—No me niegues que estás preocupado; muy preocupado.

El marido.—No te lo niego, hija; lo estoy. Lo mismo que tú lo estarías si te acordases del santo que es mañana: San Cleto.

Mujer.—Y ¿qué tienes tú que ver con San Cleto?

Marido.—Con San Cleto precisamente nada. Ni con ningún otro santo de la corte celestial; pero si tenemos que ver tú y yo con D. Cleto Marmiju, cuya fiesta onomástica se celebrará mañana.

Mujer.—Y no hay más remedio que regalarle algo.

Marido.—Figúrate tú. Un hombre á quien se lo debemos todo.

Mujer.—Hombre, todo no.

Marido.—Mujer, todo sí. Hay que ser justos. Yo llevaba tres años de cesantía; cuanto había en la casa (que no era mucho) estaba empeñado; no teníamos sobre qué caernos muertos; el casero nos amenazaba con el desahucio. D. Cleto fué entonces nuestra providencia: á mí me proporcionó un buen empleo; el mejor que he tenido en mi vida; nos adelantó, sin intereses, el dinero indispensable para desempeñarnos, me parece que si quien eso hizo no merece agradecimiento...

Mujer.—Corriente; si todo eso está muy bien; yo soy la primera que estoy agradecida á D. Cleto; pero, francamente, cuanto más lo pienso, menos veo la necesidad de hacerle un regalo, que para nosotros sería un sacrificio y á él no le servirá para nada.

Marido.—¿Pues no había de servirle? Le serviría para convencerse de que no había favorecido á unos ingratos. Si cuando mañana vayamos á felicitarle...

Mujer.—Mira: me ocurre una idea.

Marido.—¿A ti?

Mujer.—No le felicitamos. Ese santo no es de los que hacen ruido. ¿Quién sabe que mañana es San Cleto? Si fuera San José, ó San Antonio... Hacemos como si se nos hubiera pasado.

Marido.—Eso sería peor que lo otro.

Mujer.—De manera que insistes en que debemos obsequiarlo.

Marido.—Insisto.

Mujer.—Verás como le ofende ese paso.

Marido.—Por eso no se ofende nadie, hija; por lo otro sí. La ingratitud disgusta mucho, y D. Cleto, no lo olvides, nos ha dispensado muchos favores y está en situación de dispensarnos muchos más todavía.

Mujer.—Bien: eso sí; puede que tengas razón. Nada, pues le haremos un regalito.

Marido.—No un regalito: un buen regalo.

Mujer.—Pero hombre, ¡por Dios!, no estamos nosotros en disposición de gastar mucho.

Marido.—Estemos como estemos, hay que hacer un sacrificio. Nunca más oportuno que ahora el echar la casa por la ventana. Todo lo que no sea gastar el sueldo de un mes será quedar muy malamente.

Mujer.—¿Estás loco? ¿Un regalo de quinientas pesetas quieres hacerle?

Marido.—Lo menos.

Mujer.—¡Qué atrocidad!

Marido.—Cuando nada teníamos me dió un empleo de *seis mil pesetas*. Si entonces nos hubiese pedido la mitad del sueldo por darnos ese empleo lo hubiésemos aceptado locos de alegría.

Mujer.—Bien; pero á mí me parece que si de lo que se trata es de manifestar que no olvidamos sus favores, con un recuerdo menos costoso habría bastante. Una buena bandeja de dulces, por ejemplo; en veintiuna pesetas las venden magníficas; una caja de habanos, eso ya será cosa de ocho ó diez duros; pero, ¡por Dios santo!, ¡*dos mil reales!* ¡Ni que fuésemos capitalistas!

Marido.—Bueno; capitalistas ó no, quinientas pesetas gastaremos.

Mujer.—Me darás un disgusto horrible.

Marido.—Te lo daré; pero habré cumplido con D. Cleto.

Mujer.—Maldito sea D. Cleto y que Dios me perdone.

Marido.—No decías eso hace diez meses, cuando nos trajo la credencial.

Mujer.—No me figuré que habríamos de pagarla tan cara.

Marido.—No sabes lo que te di-

ces.

Mujer.—Ni tú lo que te haces.

(Pausa. La criada entra con «La Correspondencia de España»; la deja encima de la mesa y se retira. El marido principia á leer; la mujer permanece silenciosa y de vez en cuando murmura palabras ininteligibles.)

Marido.—(Sobresaltado.) ¡Dios mío!

Mujer.—(Alarmada.) ¿Qué sucede?

Marido.—(Leyendo en voz alta.) «Víctima de la rotura de un aneurisma ha muerto repentinamente esta tarde el opulento industrial don Cleto Marmijú». ¡Pobre D. Cleto! (Deja caer «La Correspondencia», y da muestras de profundo abatimiento.)

Mujer.—(Recoge «La Correspondencia» y lee.) D. Cleto; sí, él es. ¡Dios le haya perdonado! (Rato de pausa.) Vamos ya no hay que pensar en ese endemoniado obsequio... ¡dos mil reales!... Bien sabe Dios que yo no deseaba la muerte á ese pobre señor; pero, al cabo, se le habrá llegado su hora; vale más que haya sido hoy. Si llega á morir mañana, ó al otro, nos parte. (Telón.)

ANTONIO SANCHEZ PÉREZ





J. Garnelo y Alda: MERCADO AL AIRE LIBRE

COSAS DEL DIA

Pasó el *Señor San Corpus Cristi*, como decía el poetastro de la novela clásica, y en ciudades, villas y aldeas se verificaron las correspondientes procesiones, con cuyo fausto motivo lucieron su garbo las mujeres garbosas, sus mantillas españolas las que no se han condenado á sombrero perpetuo ó no se ven precisadas á contentarse con el modesto pañuelo, ya que no á lucir descubierta la espléndida ó misera cabellera. Las autoridades y demás personas de viso hicieron ostentación de uniformes, condecoraciones y demás zarandajas y diéronse los grandes paseos, presidiendo la religiosa ceremonia ó figurando en ella, más ó menos justificadamente, en clase de pendones. Hubo mucha animación, se gastó mucha cera; en Barcelona fué por todos reverenciada y admirada por los inteligentes la hermosa custodia de la catedral, á la vez que los tradicionales gigantes hacían las delicias de la gente menuda; y salvo en Palma de Mallorca, no creo que en ninguna otra parte haya sido turbado el público regocijo, por ningún desgraciado accidente.

En cambio los hubo, bien que de desgraciados no merecen el nombre, en las regatas que permitió el tiempo celebrar en nuestra condal ciudad el mencionado día del Corpus. En la primera, de canoas de paseo á dos remeros y timonel, tomaron parte las embarcaciones *Nieves*, *Canigó*, *Rosita* y *Alcázar*, que llegaron á la meta en el orden indicado; la de *perissoires* ocasionó algunos remojones sin consecuencia á los arrojados competidores, y cuando al fin, pudo realizarse y partieron rápidas *Lucero*, *Primer de Maig*, *Nino*, *Pinzón*, *Tic-tac* y *Estanquerillo*, ésta volcó en la mitad del trayecto, obsequiando á un tripulante con un baño gratuito. Las cuatro primeras obtuvieron premio menos líquido. Estas dos regatas se efectuaron por la mañana, y á las cinco de la tarde verificóse la de canoas de seis remeros y timonel, entre *Estrella*, *Colón*, *Euskalduna* y *Carmen*, que en este mismo orden recorrieron el trayecto señalado.



LOS GIGANTES ROMPIENDO LA MARCHA



LA CUSTODIA SALIENDO DE LA CATEDRAL

Por cierto que si yo fuese amigo del batallador abuelo de la patria (los padres ya hemos convenido que lo son los diputados) le aconsejaría que sin desistir de sus propósitos que pueden ser plausibles, procurase su realización por caminos más serios.

Eso de escandalizar á diario y armar una pelotera cada cinco minutos está mal entre comadres y hasta entre chulos aburridos y lo que es vituperable entre gentecilla de poco más ó menos, no merece

Aunque en otro lugar se habla del comienzo de las sesiones de las nuevas Cortes, diré aquí que en el Congreso se ha roto el fuego casi antes de que los padres de la patria hayan tenido tiempo de tomar asiento en los escaños, y en el Senado hubo el primer día una viva escaramuza entre el presidente y el conde de las Almenas, conde que no es el que paga, sino el que quiere hacer pagar á los otros los vidrios rotos en las que fueron ¡ay! nuestras colonias.

alabanza en todo un senador del Reino, pues la Alta Cámara no es como la Puerta de Toledo, ni como un puesto del Rastro, ni como el patio de la histórica casa de Tócame Roque.

Supongo que el prócer de las Almenas no se enterará de mi consejo y casi apostaría á que si se enterase, no me haría maldito el caso; pero yo al dar aquél, descargo mi conciencia y realizo la primera de las obras de misericordia espirituales ó procuro realizarla, pues es decreer que el belicoso senador peca por ignorancia y no por mala intención. Repito una vez más que todo lo que sea quitar antifaces, proclamar los nombres de los verdaderos culpables de nuestros últimos desastres y hacer efectivas las responsabilidades en que hayan incurrido, me parece muy bien; mas para eso no hay necesidad de querer hacer uso de la palabra anti-reglamentariamente, ni de emplear frases gordas, ni de chillar y alborotar como chiquillo al salir de la escuela ó como concurrente á la plaza de toros.

El vulgo dice gráficamente: «—Me nos luces y más aceite», lo cual significa que lo conveniente es escandalizar menos y concretar más los cargos, aduciendo las correspondientes pruebas, por supuesto, pues una acusación senatorial

ha de distinguirse también de una gacetilla. Si de tal modo procede el susodicho senador; si con seriedad y justicia pega duro, fuerte, no han de faltarle los aplausos de la inmensa mayoría del país, que habrá de exclamar, parodiando al personaje de *La redoma encantada*:

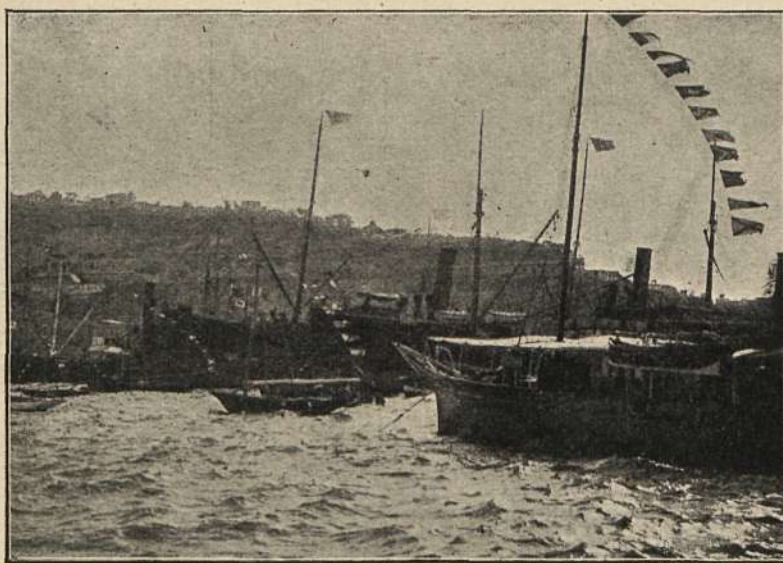
—El conde que pega, es el verdadero conde.

A última hora, me enteré de que el martes, día aciago, hubo también la correspondiente bronca en el Congreso. Romero Robledo, el conde de Romanones y un diputado que quiso to-

mar la alternativa anduvieron á la greña en el salón de sesiones. Luego, fuera del salón, un hijo de Navarro Rodrigo apaleó á otro diputado, y con tan poco plausible motivo se dice que hay pendiente un lance.

De continuar así las cosas, habrá que sujetar á *cacheo* diario á los padres y á los abuelos de la patria, hacer que todos los concurrentes á las cámaras dejen el bastón en el guardarropa, obsequiarles á su entrada en los templos de las leyes con una ducha fría y un litro de horchata de chufas y declarar obligatorio el uso de bozal para los más impetuosos... y los más charlatanes. Como ven ustedes, nos vamos regenerando que es un contento.

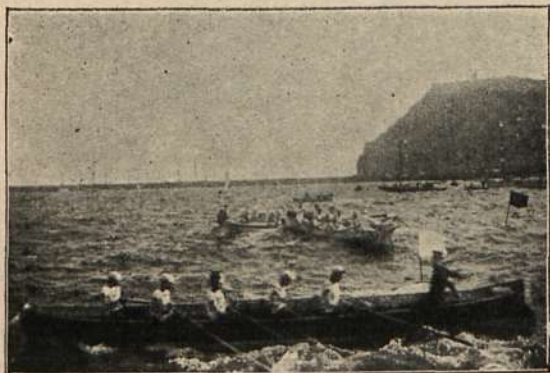
EDUARDO BLASCO



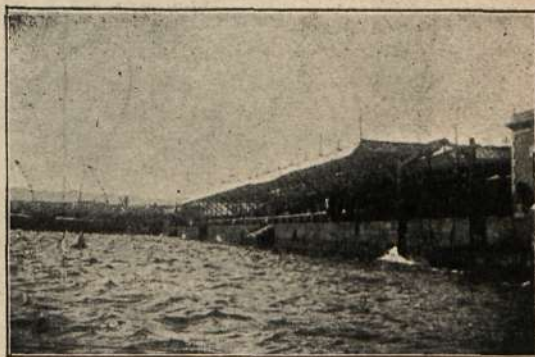
REGATAS DEL DÍA 1.º: EL PUNTO DE PARTIDA



LA CANOA «ESTRELLA»



UNA REGATA



LA TRIBUNA



PENSATIVA



DON JUAN VERDE

(CUENTO ORIGINAL)

A uno y otro lado de un riachuelo azul, en cuyas orillas se veían hojas enormes, rosas y tulipanes gigantescos, paisaje de colores que traslucían y el sol reforzaba, á una y otra parte del pintado transparente de la ventana de la oficina, veíanse en sendas mesas á dos funcionarios públicos, jóvenes ambos y no muy afanosos por el trabajo.

—No ha venido aún D. Juan,—dijo uno de los jóvenes, dirigiéndose á su vecino.

—D. Juan Verde... no hay que deshonerarlo de su título, amigo Laña. El apodo tiene mucha gracia. ¡Calaverón de antaño! Ha debido tener amoríos con Mari-Castaña.

—Allá por el reinado del rey que rabió,—dijo Laña.

Bermúdez se puso á hojear unos papelotes y Laña á pintarraजार en un papel ramitos y monigotes. Ambos deseaban librarse del tedioso aburrimiento oficinesco, y esperaban la llegada del compañero de estancia burocrática, del celeberrimo D. Juan Ponce, alias D. Juan Verde.

Hacia aquel D. Juan enfilaban, olfateando, la nariz y dirigía fisgones los ojos, avivados por maligna curiosidad todos los rasca papel viejos y jóvenes, camaradas de D. Juan.

Los graves y ya maduros eran censores agrios y ásperos, los mozos y casquivanos burlones implacables y crueles. Todos, como aves rapaces, devoraban al pobre Sr. Ponce.

¡Qué era de ver al vejete almibarado, el cual con tantos rojizos manchaba sus canas, con una forzada gentileza y agilidad quería ocultar la flojera de sus músculos, la pesantez de su ya endurecida hosamenta! Era de ver cómo dicharacheaba, fingiendo juveniles volubilidad y donaires, y aparecía pendenciero y enamorado; pero de peleas y mujeres de nadie conocidas. Atestados llevaba de bomboncitos los bolsillos... dejaba como al descuido perderse billetes perfumados...

La mañana que decimos llegó, al fin, aunque un poco tarde, á la oficina D. Juan Ponce, D. Juan Verde, el tenorio antidiluviano.

Aunque solía á veces retardarse... sin embargo, resultaba extraño que aquel día lo hubiese hecho... Tenían jefe nuevo.

No faltaría quién se habría tomado el interés de distraer á S. E. contándole las aventuras narradas y el carácter cómico del D. Juan Verde.

Cuando D. Juan penetró en la oficina, Laña y Bermúdez le miraron y se miraron dominando la risa y con ojos punzantes de burla.

Era D. Juan de mediana estatura; flaco, pálido, de rostro muy vivaracho. Vestía como un mozalve de veinte años, y así daba agilidad á su voz, rapidez á la palabra cuando hablaba, como gesticulación variadísima á la faz rugosa y activo juego á manos y brazos por ademanes resueltos.

A todas partes iba y venía de prisa. ¡La energía de los nervios, el calor de la sangre! ¡Nada lo dicho, lo dicho, el poderío exuberante de su juventud de cincuenta y ocho años!

—Nos hemos dormido... Juanito... —dijo Laña con sorna.

—Sí, chico: ¿y vosotros habéis trabajado mucho?

Tutear á los jóvenes y que éstos le tutearan era su gozo.

—Claro. ¿Qué hemos de hacer? ¡Jefe nuevo!

—Valiente cosa me importa á mí el tal... jefe. ¡Tacones! ¡Badajo! ¿Qué puede ocurrir? ¿Qué á uno le limpien este comedero? Se abren las alas y zas, ¡peseta!, á otra tierra se escarba con el pico y se vive.

—A propósito: y ¿qué hay de aquella moza? —dijo Laña.

—Caballeros, la gran mujer. ¡Buena hembra! Me ha mareado un poco... pero ya conocen ustedes mi carácter: ¡una pólvora! He revoloteado más que una mariposa, y zumba que zumba como avispa.

—¡Ja, ja, ja! ¡Qué hombre éste! ¡Qué sangre tiene! —exclamó Laña.

De pronto Laña, que había mirado hacia una puerta que había tras de la mesa de D. Juan, enmudeció.

—Hombre, D. Juanito. ¡Cuéntenos lo del desafío! —dijo Bermúdez.

—¿Otra vez?

—Hombre sino me canso de oírlo, —replicó Bermúdez; — y Laña no lo sabe, Ya verá usted, amigo Laña, ya verá usted.

—Pues, nada, que me hallaba en un círculo de esta corte cierta noche... Acababa de jugar. ¡Peseta! y ¡Tacones!, había perdido, ¡Roño!, más de sesenta mil duros!

—Y para un empleado de quince mil con descuento es mucho perder, —apuntó Bermúdez.

—Bien... claro... Pero yo tengo otros recursos...

Este piñetero empleo lo tiene uno para ganarse el cigarro... y por ser algo en el mundo. Pues había perdido como digo... ¡Ah! Y además, —me pasó lo que anoche, —trabé de palabras con uno... y, ¡Retoño!, la de siempre, voleo limpio... y tarjeta, y luego la pejiquera de un duelo, y después... El duelo que digo iba á verificarse al siguiente día. Nada, fué cosa de una estocada á la tetilla izquierda... del contrario, sangre y pasó. Salía del casino. ¡Podrido! ¡Repeseta!... Quería dormir un poco, ya

veis sin un duelo á la mañana siguiente... pero á la puerta del casino se llega un individuo á pedirme explicaciones... porque hacía yo el amor á una mujer... á la cual creía yo hermana del sujeto que digo, y resultó ser su esposa. Entonces dije yo que no era á ella sino á una señorita. «—¡Mi hija!», dijo el individuo. Salí de este modo del trance; pero, —por el honor de una dama, —vime obligado á galantear á la niña, fea, cursi, beata... ¡digo y para mi genio! La niña se endiló... y las cosas se fueron formalizando. ¡Tacones! Y se hablaba ya de matrimonio... y yo era casado: ¡vivía mi mujer! Resolví echar por la calle de en medio. «—¡Señor mío, yo no puedo casarme con su hija de usted», le dije al padre. «—¿Por qué?» —me preguntó muy ceñudo. Y yo que tenía intenciones de decir «porque soy casado», me equivoqué, y dije: «—Porque á la que yo cortejo es á la mujer de usted». El marido quedóse tan estupefacto que no supo qué contestarme... y lo terrible fué... que luego la madre y la hija se enemistaron.

—Claro, los celos, —replicó Bermúdez.

Oyóse en esto una ruidosa carcajada. Laña miró allí á la puerta que tenía á sus espaldas D. Juan; éste volvió también la cabeza... y no vió á nadie.



Momentos después un conserje decía á D. Juan:

—El señor director me dice que haga usted el favor de presentarse inmediatamente en su despacho. El jefe estaba muy serio cuando entró en el despacho D. Juan.

El jefe fijaba sus ojos muy penetradores y terribles en el pobre vejete.

—Sr. Ponce, siento manifestar á usted que sus desórdenes, su vida libertina, su carácter ligero ¡me ponen en el doloroso trance de pedir la cesantía de usted.

—¡La cesantía!

Erizáronsele los cabellos al pobre D. Juan Verde, detúvosele el corazón un instante.

No oyó más, no supo luego lo que le dijeron, no tuvo conciencia de cosa alguna. Medio muerto, doblado, rastreando los pies, salió horas después de la oficina.

¡Milagro resultó que pudiese llegar á su casa!

Recibióle su hija Magdalena, soltera de más de veinticinco años; noble, modesta, resignada.

—¡Cesante!—dijo D. Juan.—¡Cesante... y por una calumnia.

—Dios mío, ¿qué desdicha? ¡Dios nos de valor! ¿Le creen inútil?

—Me creen... cómo yo soy así, alegre, risueño, decidior... me ¡creen... ligero... calavera... ¡Envidias!

—Padre, ¡si usted parece lo que no es!—dijo Magdalena.

—Calavera. Tú lo sabes... de aquí á la oficina, luego aquí á trabajar en la traducción de ese diccionario hasta la hora de cenar, y después el rezo y vuelta al diccionario... hasta que no puedo más... y me acuesto.

—Sí, padre mío... Pero habla, cuenta, refiere usted tantas fábulas de quién sabe que novelerías que usted forja... Las gentes las creen...

—Eso, eso quería, eso he querido... hija mía. Es necesario que nadie eche de ver que uno es viejo... A los viejos se les compadece, luego se les aísla y, al fin, se les abandona. ¡Hay que vivir con alegría para vivir entre los mozos! He dado un batacazo... ¡Tal vez si no hubiera hecho... lo que he venido haciendo... tiempo haría ya que hubiese caído!

Sí; pero había caído; había caído... En aquel hogar pronto habría de asomar su faz horrenda la pobreza...!luego la miseria... y luego...

El viejo lloraba; lloraba al ver á su pobre hija que se vería pronto obligada á mantenerse y á mantener con su trabajo á su pobre padre.

Abatidos se hallaban el anciano y la joven, cuando sonó un terrible campanillazo, que fué como puñalada que atravesó aquellos corazones.

La criada abrió y entró luego, poniendo en manos de D. Juan Verde un pliego de oficio.

¡La cesantía!

Trémulo, azorado, convulso, elevando los ojos al cielo... resolvióse el mártir á apurar las heces del cáliz; abrió el sobre.

—No es la cesantía,—dijo respirando profundamente. Es una carta del jefe.

«Mi señor y amigo: ¡Qué grandeza la de usted, cómico forzoso, que ha mantenido en el escenario del mundo durante algunos años, siendo viejo, triste, pobre, honesto, laborioso... y sencillo el papel de mozo, alegre, pródigo, calavera y seductor! ¡Cuán cansada tendrá el alma, cuán fatigado el rostro, cuán dolorido el cuerpo!

»Basta ya. Aquí no puede usted continuar. ¡No le comprenden! He dejado á usted cesante... pero le nombro administrador general de mis bienes, con doble sueldo, casa... y vida retirada en mi hermosa finca en el campo... lejos de un teatro... que usted odia!

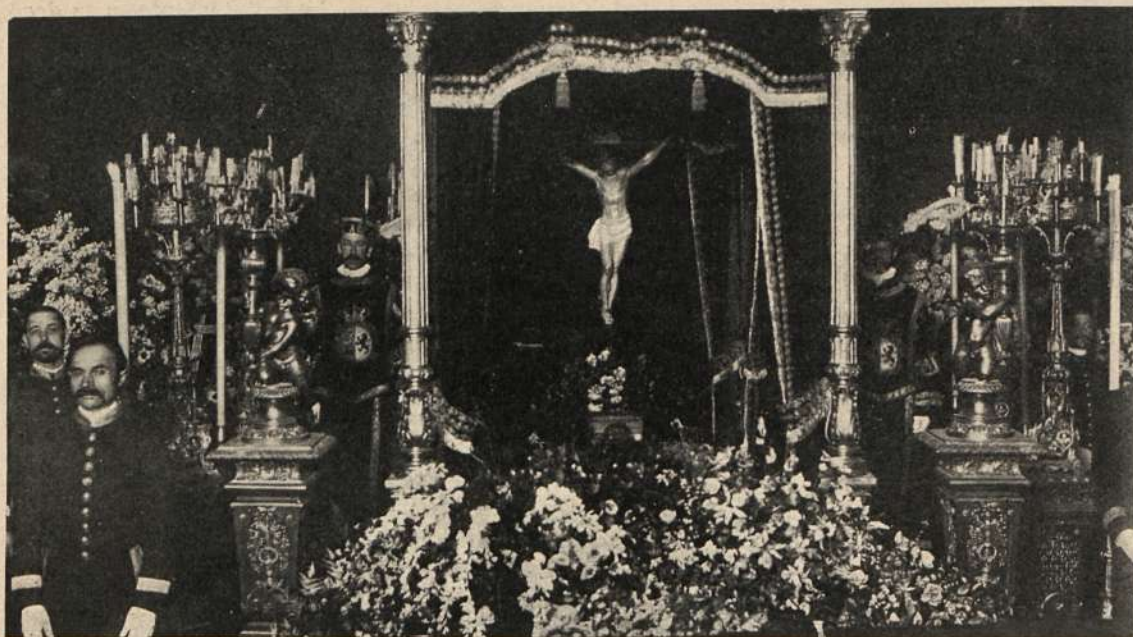
»Su jefe, *Rubio Solar.*»

—¡Dios sea alabado!—gritó D. Juan Verde, y abrazóse á su hija;—y Dios bendiga al único hombre que con mirada penetradora ha visto el martirio de mi alma!

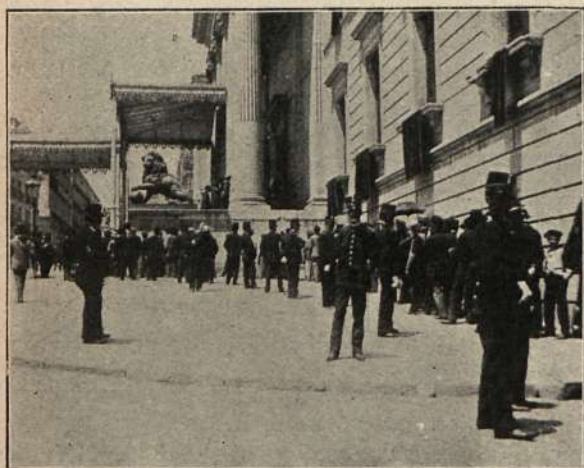


JOSÉ ZAHONERO

EL ENTIERRO DE CASTELAR



LA CAPILLA ARDIENTE



VISITANDO EL CADÁVER EN EL CONGRESO



SALIDA DEL CADÁVER DEPOSITADO EN EL CONGRESO



LOS GENERALES EN EL ENTIERRO



CIERRE DEL CORTEJO EN LA CALLE MAYOR

A decorative border surrounds the text. It features several white daisies with yellow centers, a black and white butterfly with red spots, and stylized pink and red floral motifs at the bottom.

PRIMAVERA

Borrándose va la nieve
que fué túnica del monte;
la bruma del horizonte
rasga la aurora al nacer.
Matizanse las praderas
de flores y de verdura,
y hay cantos en la espesura
y perfumes por doquier.

Del árbol ayer desnudo
cuelgan las ramas pomposas,
donde aves y mariposas
paran el vuelo fugaz;
el cierzo se torna brisa,
la lluvia fresco rocío,
y alegre murmura el río
por la campiña feraz.

¡Ay! Si borrarse pudieran
de la memoria y del alma,
de nuestra perdida calma!
en justa compensación,
las lágrimas y la sangre,
fruto de la ruin envidia,
y el puñal que la perfidia
nos clavó en el corazón.

¡Cuanto primavera, entonces
fueras grata y seductora!
De un mañana precursora
que quizá no'hemos de ver,
tú el consuelo no darías
de que hoy gozan sin cuidado
hasta las hierbas del prado:
¡revivir y florecer!

MANUEL DEL PALACIO

Faibssa

APERTURA DE LAS CORTES

Con la solemnidad de costumbre se celebró el 2 del actual la apertura de las Cortes, ocasión aprovechada siempre con sumo agrado por los aficionados á los espectáculos gratis, por más que cada apertura representa una ídem en canal para la nación.

Desplégase para tan frecuentes *ceremonias* un fausto que puede no estar en relación con el estado del país; pero que, indudablemente, ha de alborozar á cuantos les cabe la dicha de presentarlo. En el extranjero puede haber régimen parlamentario sin pucherazos, estacazos, lázaros, alcaldadas, concejalerías, etc., etc.; pero ¡qué han de tener unas aperturas de Cortes como



LA PLAZA DE LAS CORTES DURANTE LA APERTURA



LA CARROZA REAL EN LA PLAZA DE ARMAS

llenos de amarguras los aficionados.

Esta última vez, sin embargo, la cosa se ha hecho con todo el aparato, lujo, esplendor y rumbosidad que demanda nuestro placentero estado.

La corte ocupaba once carrozas, que no por anticuadas y constituir unos verdaderos armatostes dejan de causar la admiración de la inmensa mayoría de los que las contemplan.

Landó de bronce, conduciendo á los reyes de armas.

Coche de Paris, número 13, llevando á cuatro gentileshombres de casa y boca.

Otro coche de Paris, número 12, con seis mayordomos de semana.

Coche de amaranto, número 7, con la camarera mayor interina de S. A. la Infanta Isabel y otras personas de servicio.

las nuestras! Hay quienes llevan presenciadas casi tantas como corridas de toros y aun no se dan por satisfechos, y ya esperan la próxima, que, á buen seguro, no habrá de hacerse esperar mucho.

Desde el 24 de junio de 1834 hasta el 2 de los corrientes ha habido 68 aperturas, con aperturas siempre.

Y, además, con la particularidad de que en el discurso de la Corona se le ha hecho siempre decir á ésta que nuestra hacienda se hallaba en situación crítica, y era necesario imponer sacrificios al país. En eso no hemos adelantado nada desde 1834 hasta la fecha.

A veces se han abierto las Cortes sin asistencia del Monarca, ya por no haberlo, ya por delegarlo en el presidente del Consejo, y no hay que decir si habrá resultado *desaboria* en tales casos la función y si se habrán sentido



CARROZA REAL



LAS ONCE CARROZAS EN EL PATIO DE PALACIO

gentiles hombres de casa y boca, mayordomos, camareras, damas de guardia, etc., constituía un espléndido conjunto.

Seguían al coche real todos los generales y jefes del cuarto militar de S. M., los profesores de S. M. el Rey y el escuadrón de la Escolta Real.

Una vez en el Congreso leyó S. M. la Reina el discurso puesto en sus augustos labios por el ministerio responsable, enterándonos por primera vez de que Alemania nos compraba las Carolinas, Palaos y Marianas, con gran satisfacción, supongo, de muchísima gente. En cambio, por dicho discurso nos enteramos también de que se acerca el momento de nuevos sacrificios, y de que el Gobierno piensa hacer una porción de cosas, mejores unas que otras.

La comitiva, que se había puesto en



COCHE DE LA CAMARERA MAYOR DE LA INFANTA ISABEL

marcha á las dos menos cuarto, regresaba al regio alcázar á las tres y veinticinco minutos.

Y á buen seguro que no pocos cortesanos se dirían para sus casacones:

—¡Hasta otra!

Ya, pues, somos felices. ¡Ya tenemos Cortes! ¡Oh qué gusto! Aquello de leer en los periódicos: «—¡Pido la palabra!» «—No puedo concedérsela á V. S. por haberse consumido ya los caramelos, digo, los turnos». «—¡Que se lea el artículo 7245 del Reglamento!» «—Hay que consultar al Congreso. Se procede á votación nominal para ver si se ha de leer el artículo 7245 del Reglamento». «—¡Pido la palabra!» «—¿Para qué?» «—Para una cuestión de orden». «—Después que el Congreso haya decidido si procede la lectura del artículo.» ¡Oh qué hermoso es todo esto!



COCHE NÚMERO 13 CON CUATRO GENTILES HOMBRES DE CASA Y BOCA



COSAS DEL PARENTESCO

De ser primo no me eximo;
solo diré en estas rimas
que me carga que mis primas
me llamen á voces: primo.
Y, aun mis primas, francamente,
pueden decirme esas cosas
porque son bastante hermosas,
mejorando lo presente.
Pero mis primos... ¡Mis primos
que nada tienen de bellos!
¿Cómo he de tolerar que ellos
me vengan á mí con mimos?
«Primo; te ví en el tranvía.»
«Primo; ¿qué tuviste anteanoche?»
«Primito; que viene un coche.»
«Primo; ¡quién te lo diría!»
«Conque, primo, ven á verme.»
«Sabes, primo, que te estimo,»
y ¡zas! me ponen de primo
que no hay por donde cogerme
y, al pronunciar este nombre
cualquier primo que me llame
no hay hembra que no se escame,
ni varón que no se asombre.
Anoche, sin ir más lejos,
ví una chica: la Rosario
sobrina de un herbolario
de la plaza de Pontejos
y, apenas á ella me arrimo
pasa mi primo Miguel
que, como era de cartél,
me dijo: «—Hasta luego, primo.»

Y la muchacha en seguida,
viéndose cerca de Viena
exclamó: «—Yo no estoy buena
me encuentro desfallecida.»
Entramos y en un momento
la muchacha se tomó
lo más caro que encontró
en dicho establecimiento.
Díganme, pues, si este timo
y otras mil impertinencias
no son tristes consecuencias
de que me titulen primo.
Paso con gusto por todo,
por todo y más si es un mimo,
pero, si me llaman primo

lo he dicho ya: ¡me incomodo!
A ver si logro eludir
este mote inconveniente
que tengo como pariente
y que me pone á parir.
Aquí concluyen mis rimas;
llamarme primo es un timo;
pero, caso de ser primo,
seré primo de mis primas.

EL SASTRE DEL CAMPILLO

A ESPERA DE LIEBRES



1. Y ya en el cazadero, puso D. Fileto un cartucho en el cañón de su escopeta y se despojó del morral y la canana para quedar más á sus anchas.



2. Mientras colocaba convenientemente su escopeta, otro cazador de espera que por allí husmeaba se le llevó los cartuchos por lo que pudiera convenirle.



3. ¡Se presenta la primera liebre, una gran pieza! D. Fileto busca la puntería y entretanto el otro cazador toma posiciones.



4. —¿Eh? ¡Vaya una voltereta! Si seré yo zorro con la escopeta en la mano.



5. —No. Aquel es un zorro. ¡Malditas sean las escopetas de un cañón! ¿Morisquetas, eh? ¡Ya verás tú en cuanto meta otro cartucho!



6. Pero, ¡remonche! ¿Dónde están mis municiones?

REPITORIA

La baronesa X... enseña su galería de cuadros á un célebre pintor y le dice:

—Ahí tiene usted mi retrato de cuando era yo niña. ¿Qué le parece á usted?

—¡Soberbio! Indudablemente es de un pintor de la antigua escuela.

**

Un autor dramático decía á otro:

—¿Qué tal? ¿Le produce á usted mucho su drama?

—Mucho debía producir; pero el director es tan estúpido, que elige precisamente para representarlo las noches en que no va gente.

**

Conversación de dos sordo-mudos (por señas, naturalmente):

—Quisiera ser diputado.

—¿Para qué?

—Para ver si me concedían la palabra.

**

En una zapatería de lujo:

—La semana pasada compré aquí estas botas y ya están hechas pedazos. No he hecho con ellas más que una visita.

—Ha de tener usted entendido, señora, que las botas que yo fabrico no son para hacer visitas, sino para recibirlas.

**

El chiquitín de la casa, que está en el comedor con varios amigos de la familia, dice de pronto:

—Hay visitas de cumplido en la sala.

—¿Cómo lo sabes?

—¿No han oído ustedes á papá llamar á mamá «hija mía»?

**

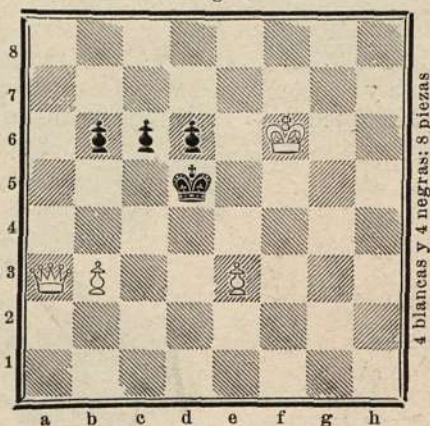
En una sesión de ayuntamiento en que nadie se entendía por estar todos en el uso de la palabra, exclamó un concejal:

—¡Señores! ¡Propongo que no hablemos más que cuatro á la vez!

Problema de ajedrez núm. 3

POR Y. S.

Negras



Blancas

Las blancas juegan, y dan mate en 2 jugadas

PARA CONSERVAR LAS FLORES

Las flores, por sus aromas, por su color y belleza, no sólo son el adorno más bello y poético de las habitaciones, sino el relieve de la hermosura femenina, pues sobre todo en España, cuando las llevan en los cabellos les presta mayor juventud y gracia.

Para conservarlas varios días frescas y brillantes, se pondrá en el jarrón ó vaso una capa de carbón de encina en polvo, después se echa el agua necesaria para cubrir los tallos: el agua se conserva límpida y las flores viven más tiempo que el que generalmente se conservan.

— — —

CHARADA

Quien mal quiere, uno dos tres,
es refrán que dos cumplido
durante mi dos tercera;
tercera cuarta que quiso
la fortuna ó la desdicha
que fuere constante sino
hallarme total de cuentas
mujeres he pretendido.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO

G. L.

Las soluciones en el próximo número.

SOLUCIONES

á los pasatiempos del número anterior

Charada.—Indefensable.

Jeroglífico comprimido.—De tejas arriba.

MODAS



MES DE JUNIO

LOS AMORES DE UNA MANOLA

POR

ENRIQUE FERNÁNDEZ DE LARA

36 cuadernos que forman 2 tomos, 18 pesetas. Encuadernada, 20 pesetas.



LOS MISTERIOS DE LA CIENCIA

OBRA ESCRITA

POR

ARMANDO BAEZA SALVADOR

Profusión de grabados alusivos. Un tomo encuadernado en tela, 7'50.

GLORIAS DE LA INFANCIA

POR

D. JULIÁN F. ALCARAZ

ADORNADA CON MUCHOS GRABADOS

Un tomo encuadernado en tela, 7'50 pesetas.



RESERVADOS LOS DERECHOS DE PROPIEDAD ARTÍSTICA Y LITERARIA * INSÉRTESE Ó NO, NO SE DEVUELVE NINGÚN ORIGINAL

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRAFICO EDITORIAL DE RAMON MOLINAS: PLAZA DE TETUAN, 50.—BARCELONA



J. TORRES GARCÍA: LA LECCIÓN DE GUITARRA